



El inducir,



aun sin aludirlo expresamente — y ante la sospecha tal vez infundada por su parte de que no sólo *arganeando*¹ sino de otras muchas formas y maneras los intereses de los participantes en el acto en cuestión del que estuviésemos tratando o incluso de cualesquiera miles de otros actos que *bote pronto* no se nos estuviesen ocurriendo² pudieran estar yendo tras el logro de metas muy distintas —, a tomar en consideración las distintas acepciones de un mismo verbo — “porque puede”, decía, “entonarse un bolero tanto como un *mea culpa* y declinarse lo mismo una invitación que el *rosa rosae*” colocándose o colocando a otros ante la situación adecuada para encontrarle a cada circunstancia su punto — era, aunque doña Fructuosa lo ignorase, un método infalible para empujar a sus educandas tanto al pecado de la carne como al borde de un precipicio en los que muy poquitas fueron las que no estuvieron en trance de caer empujadas — las más — por la profunda antipatía que sentían hacia ella, tan adusta, y con aquel su aspecto de solterona amargada (**continuará**)ⁱ

ⁱ Pero la continuación no aparece por ninguna parte; o yo no soy capaz de encontrarla aun habiendo revisado los papeles mil veces.

¹ –Por poner un ejemplo — acostumbraba precisar — aunque también podría decirse *declinando la lista de los verbos irregulares en inglés o cantando la tabla de multiplicar o rezando el rosario*.

² Pero en cualquier caso con toda seguridad no reprobables, de los que hubiera que confesarse después, porque doña Fructuosa para las cuestiones de moral era muy estricta.